X

Va sin-Miedo era un hombre honradísimo, muy cumplidor de su deber; pero muy colérico cuando el trabajo le excitaba los nervios. Toda su vida había defendido calurosamente la dignidad y libertad del obrero contra la exigencia de los amos; pero cuando él mismo se vió amo, es decir autorizado para dirigir la fabricación de la barraca, cambia de la noche á la mañana, con la candidez de los hombres que la carencia de educación y reflexión, abandona sin reserva al instinto del momento. Hablaba con dureza á sus excompañeros, exigía de los aprendices más de lo que podian saber, y no sufría una observación, y pasaba con demasiada facilidad del reproche á la amenaza. En resumen, el taller estaba casi desierto cuando, después de una de sus giras por la llanura, Siete Espadas regresó, y, cuando interrogó á Va-sin-Miedo, éste, acusando á los ausentes, le hizo adivinar pronto que había reñido con todo su personal.

En aquel momento Siete Espadas se vió obligado á echar de menos al pacífico Audebert, que trataba á los aprendices como á sus hijos y hacía perder un poco de tiempo á los obreros queriendo explicarles

Epictéto y Platon, á quienes no había leido nunca, pero que al menos sabía retenerles y convencerles por su bondad. Va-sin Miedo, por querer hacerlo demasiado bien, había hecho el vacío en torno suyo.

Siete Espadas fué á la ciudad y no halló á nadie que quisiese volver á trabajar bajo la dirección de su encargado. Exigían que lo despidiera. Prometió quitarle toda autoridad; pero, como necesitaba tiempo para poner otro á su puesto, mientras tanto, debió tomar obreros de paso, y encontrarse durante varios días en medio de desconocidos que él mismo dirigió, con poca animación y muchas contrariedades. Entonces resolvió arrendar su propiedad y alquilar una que estuviese mejor situada lo cual esperaba poder hacer sin gran pérdida. Entró en tratos con personas que le ofrecieron de la barraca un precio tan mínimo que la desanimación se apoderó de él.

—¡Sí, sí,—decíase,—Tonina tenía mucha razón! Este lugar no vale nada, y acaso ha adivinado también que yo mismo no era bueno para nada.

A todas sus esperanzas frustradas se juntaba la repulsión del traqajo grosero al cual se habia condenado para ganar dinero, él, tan orgulloso de su mano de obra en otros tiempos.

—*Ella* debe despreciarme por eso,—deciase aún. —Antes admiraba mi trabajo y en sus buenos dias me trataba de artista. ¿Ahora puede hacer una diferencia entre mí y el último obrero que hace clavos? Y si en este momento viera donde estoy con este oficio grosero que ni aún sé hacerlo lucrativo,

¿no se burlaría cruelmente de mis ofrecimientos de casamiento?

La vergüenza se apoderó de él. Se persuadió que ya no podría presentarse delante de Tonina si no conseguía relevar su posición, y, sabiendo que su padrino estaba bien cuidado en casa de la Laurentis, hizo propósito de no comparecer en la Ciudad Negra antes de haber resuelto el problema de su destino.

—Es preciso,—díjose,—que á todo coste encuencuentre el medio de enriquecerme para *ella*, y, puesto que el negocio me está prohibido por mi mal carácter ó mi mala suerte, quiero volver á la idea que tenia antes de descubrir un mecanismo para decuplicar la velocidad y la facilidad de nuestras industrias. Sé que los inventores hacen fortuna pocas veces; pero al menos la invención asegura mucho honor, y si llevara como dote una hermosa idea que disminuyera el trabajo del obrero, estoy cierto que Tonina estaría orgullosa y contenta de mí. ¡Vamos, valor! ¡Manos á la obra! ¡Que la fábrica vaya como pueda! Mi pequeño taller me habría servido bastante bien, si me pone en disposición de experimentar mis descubrimieutos.

Confió de nuevo la dirección de los obreros á Vasin-miedo, después de una reprimenda amistosa y severa á un tiempo que fué tomada en buen sentido, y que devolvió la tranquilidad al taller. En cuanto á él, instalóse en una especie de cuarto que él mismo se construyó con maderas en su galeria, y en el cual arrostró el frío, que comenzaba á hacerse sentir, trabajando noche y dia, dibujando, fabricando pequeños modelos y devanándose los sesos con una resolución heróica.

Desgraciadamente su instrucción no estaba á la altura de sus deseos y de su inteligencia. Hubiera sido necesario tener más que nociones elementales de las leyes científicas que pretendia adivinar, y que á cada instante le creaban obstáculos imprevistos. Esperaba encontrar la luz en los libros; pero, además que tenía pocos ó ignoraba si eran buenos, bajo muchos puntos de vista eran letras cerradas para él. No se atrevía ir á la ciudad alta, á consultar á exprácticos que se habían vuelto sabios: temía pasar por un loco de otra clase que Audebert, y que el asunto al llegar á oidos de Tonina, no acabase de perderle la consideración que le tenia...

Habíase concedido un mes de plazo para llegar á un término. El mes transcurrido, se vió obligado á tomar otro y cuando éste pasó sin que se hubiera revelado ninguna certeza, un dolor punzante se apoderó de él. Sucumbía á la fatiga, después de haber pasado por todas las alternativas de la esperanza, de la duda y de la desilusión. Todo lo que había descubierto, es que no sabia nada. Luchaba con encarnizamiento contra el rigor del invierno en una habitación detestable, en medio de un paisaje siniestro y triste, ya errante, con la cabeza en fuego, por la nieve; ya contemplando, con corazón helado de espanto, los vestigios mal borrados de las palabras escritas con carbón por Audebert en la pared, la noche que aquel desgraciado habia estado á punto de darse la muerte. Aquellas palabras, desaparecidas en parte, ya no presentaban ningún sentido á los que no las habían leido nunca; pero Siete Es-

padas las sabía de memoria y había momentos que creía verlas escritas en letras de sangre de una claridad espantosa.

Es que la lucha que sostenia por la gloria era mucho más ardiente y terrible que la que había sostenido por la fortuna. Ya no se trataba de ser rico para Tonina; en ello habria podido fracasar sin vergüenza; tratábase de probarle una capacidad grande: fracasar aquí, era la desesperación.

Gaucher se inquietaba, por él y Tonina aún más. Hacia preguntas á su primo, el cual varias veces fué á ver al solitario del Hoyo Perdido y lo halló sombrío, no queriendo explicarse. Un día ella misma fué con Lise. Precisamente aquel día Siete Espadas estaba absorto por una vaga esperanza de triunfo que le hacía más valeroso y al mismo tiempo menos expansivo que nunca. Precisamente se mostró agradecido y sorprendido de la visita de Tonina, pero como ésta por pudor y dignidad, queria dar á entender que la iniciativa era de Lise, él rechazó la esperanza con esa especie de *spleen* que parece complacerse en el dolor. No obstante aparentó tener la imaginación tranquila, y, á las preguntas que le fueron dirigidas sobre el estado de sus asuntos, contestó con estoicismo que todo iba bien y que estaba muy contento.

—Pero ¿por qué ya no se le ve á usted?—dijo Tonina,—¿olvida usted, pues, á su anciano padrino y á todos sus amigos?

—No olvido á nadie; pero sabe usted... el ojo del amo... Cada vez que me ausento, cuando regreso encuentro el desorden.

Y después de varias derrotas prometió ir á pasar

un domingo en la Ciudad Negra; pero cuando Gaucher le convidó para que fuera á comer con él el domingo siguiente, no quiso contraer ningún compromiso, diciendo:

—Lo procuraré, pero no me aguarden ustedes.

—¿Mira, ves?—dijo Tonina á Lise regresando á la Ciudad Negra,—se concluyó con ese pobre muchacho.

—¿Cómo, crees que se va á morir?

—Creo que está muerto para la amistad y que ya no vive más que por el interés. Helo aquí á los veinticinco años, amarrado al cálculo como si tuviese cincuenta.

—Quizás su comercio va mal y no quiere confesarlo,—dijo Gaucher.

—Pensaba,—repuso Tonina,—que le habia demostrado bastante amistad, en semejante circunstancia, para que no volviera con tapujos como la primera vez. ¿No hemos hecho lo posible para esclarecerle las ideas y darle confianza en nosotros? No me gusta esa altivez que oculta pesares de dinero como penas de corazón, y si quieren ustedes que se lo diga, no comprendo nada. ¿Dónde está el mal por no prosperar cuando no es culpa nuestra? ¿Acaso es una vergüenza ser pobre? ¿Qué idea es esa de creer que la riqueza es un deber y un honor? Entonces, ustedes y yo, y millares de buenas gentes que no tienen más que el pan que ganan, ¿seríamos, pues, todos despreciables?

—No quieres comprender,—le contestó Gaucher, —que la inteligencia atormenta, y que el que cree tener más que los demás, no puede ser feliz, si no sube más arriba que los otros.

—¡Vamos!—dijo Tonina,—¿es pues eso? Pues bien, entonces roguemos á Dios para que esa gran inteligencia no llegue á los hombres y se nos meta en la cabeza; pero no nos imaginemos ya que necesite nuestra amistad, porque, después de haber aparentado contentarse con ella, hoy nos muestra bien que no necesita ninguna otra sino la suya.

—Creeríase, Tonina, que hablas por despecho,—dijo Lise.—¿Por qué, puesto que pareció volver á tí, francamente, no quisiste perdonarle?

—¿Perdonar? ¿qué?—dijo Gaucher,—á quien habían ocultado siempre la falta de su amigo.

—Perdonar sus ambiciones,—contestó Tonina,—usted sabe que ya no me gustaron; hoy aún me gustan menos, porque veo que superan á todo, y que un corazón tan atormentado, no sería feliz en familia, ni capaz de dar la felicidad.

—¡Tonina tiene razón!—dijo Gaucher á su mujer.—Siete Espadas no es el hombre que necesita una sencilla obrera. No le estimo menos por eso: cada uno tiene su plan en la escalera del mundo: pero estimo también el buen sentido de la prima, que quiere un marido todo para ella, como yo soy todo para ti.

Cuando los esposos, Gaucher y su prima hubieron entrado en la Ciudad Negra, Lise, encontrándose sola con Tonina, vió que contenía sus lágrimas, y la Laurentis que entró un momento después, lo notó también.

La Laurentis, era una buena mujer, muy gorda y redonda, paralelamente fina en los asuntos de corazón, y muy orgullosa por la amistad de Tonina, á quien quería como á una hija.

—¿Sabe usted lo que tiene?—dijo á Lise.—Yo que le estoy hablando lo sé. Se desazona á causa de ese malvado herrero, que es guapo mozo, lo convengo, y que trabaja con el acero como una ardilla con una nuez... ¿Pero después? esos hombres de mérito no tienen sentimientos! no aman más que la gloria y los duros, y si usted es tan amiga de Tonina, como yo, le aconsejará que piense en otro.

Tonina reconvino á la Laurentis, y negó que amara á Siete Espadas; pero, acosada por las preguntas cariñosas de aquellas dos buenas amigas, acabó por confesar que le había amado.

—¿Y ahora le amas aún,—dijo Lise,—puesto que la tía Laurentis dice que no duermes bien, y que á menudo no comes nada?

—¡Ahora,—repuso Tonina,—siento que se concluyó por completo! Este capricho me ha dejado y suelto dos ó tres veces desde hace un año, pero cada vez me he hecho una razón, porque veía claramente que sería desgraciada con ese hombre; sí, desgraciada con la mayor desgracia que haya acaso para una mujer, la de no poder hacer feliz y contento al que ama. Si en este momento lloro, es porque ustedes me hacen llorar diciéndome que tengo pesares, y no hacen bien. Nada hace cobarde como dejarse compadecer. ¿Acaso no ven ustedes todo lo que me cuesta ocuparme de los demás para olvidarme? He encontrado ese consuelo, que es grande, tanto, que me hace feliz, á pesar de todo.

—Es muy posible,—dijo Lise,—que Siete Espadas, sufra el mismo pesar que tú, y que explicándoos, aún podríais entenderos.

—¡No!—repuso Tonina,—no nos entenderíamos mejor, porque no vemos de la misma manera. Si es cierto que tenga despecho, busca en el dinero un remedio que me repugna, mientras que el remedio que yo he hallado, es la condenación del suyo.

—Pero,—dijo aún Lise,—¿si quisiera ser rico para hacer el bien y para darte el poder de hacerlo?

—¡Oh! ¡sí, fíese en eso!—contestó la Laurentis.—No es á una mujer de mi experiencia, á quien se puede ir á contar esos ensueños. Yo he visto jóvenes así, que hablan de darlo todo, cuando lo tengan todo; pero mientras tanto, cuando tienen algo, colocan para tener más, ó se lo gastan para sus placeres. ¿Acaso es posible que sea de otro modo á menos de ser santos del cielo? ¿Además, se puede enriquecer así de la noche á la mañana? Nones, hijas mías, todo necesita su tiempo. Alábanse de recoger aprisa poniendo un céntimo al lado de otro, y no se enriquece más que con mucho trabajo y paciencia. Se es viejo cuando se empieza á poder descansar, y entonces es demasiado tarde para volverse tratable y humano con los pobres, de entre los cuales, se ha salido. Se conoce demasiado sus defectos, se ha peleado demasiado con ellos, para obligarles á que les sirvan bien; se está demasiado acostumbrado á tratarle duramente, á desconfiar de él, á temerle, y como uno mismo no tiene siempre la conciencia muy clara acerca de él, se cree que lo aburre y no se está en disposición de tratarle como amigo. ¡Vamos, vamos, mis buenas hijas! he visto eso con mi pobre marido difunto, que había puesto una posada y que era un cordero al principio. Y como por la dulzura no podía obrar á

su antojo, se volvió tan triste y desgraciado, que después de haber pegado á sus criados, me pegaba á mí, pobre querido marido! ¡Pues bien! ¡atención á la que se case con ese Siete Espadas! O se arruinará, ó si hace fortuna, necesitará, día por día, hora por hora, perder un pedazo de su corazón para poner una moneda de oro de más en su bolsa. Cuando se ha pasado veinte ó treinta años de su pobre vida, disputándose con el obrero, sopena de no ganar nada con él, es que se puede decirle de pronto, así, el día que coloca sus rentas:

—Ahora, amiguito, hemos compartido la pena, ¿vamos á compartir el placer?

¡No, no! ¡Dios hace muy pocos de esos milagros, si los hace! ¡El corazón gastado y engañado no se rejuvenece así! Y verdaderamente, cuando se piensa, ya no es su falta, si se encuentra algo endurecido! El tampoco puede hacer nada; ¡he aquí lo que me decía yo, al ver al difunto Laurentis ponerse terrible, él, que había sido tan bueno! y me reprochaba no haber previsto todo eso el día que me dijo:

—¡Pongamos una posada y procuraremos hacer fortuna!

Habría debido impedírselo y contestarle:

—¡No pongamos nada; conservemos nuestra alegría y nuestros amigos!

Ese discurso filosófico de la Laurentis, dicho con la desenvoltura de una mujer que le gusta hablar, pero que no hablaba al acaso, porque tenía corazón, hizo mucha impresión en el ánimo de Tonina, y Lisa lo aprobó en todas sus partes.

—Veo que es usted una mujer de buenos conse-

jos,—dijo á la Laurentis,—y Tonina no va desencaminada al escucharla. No hablemos, pues, nunca jamás, de Siete Espadas. Puesto que quiere que se le olvide, olvidémosle.

—¡No!—contestó Tonina. Ha sido mi compañero de juventud, y siempre tomaré parte en sus penas, si vuelve á pensar que mi amistad puede algo; pero no me atormentaré más de las suyas que de las de los demás, y en cuanto á casarme con él, aunque él lo quisiera todavía, no me retractaré nunca de lo que he decidido.

Lise, segurísima que todo estaba roto para siempre entre el armero y la dobladora, no hizo objecciones á una conversación que oyó, pocos días después, entre su marido y el tío Laguerre.

El Zurdo había sido interrogado por su amo, el señor Trottin, él mismo, que durante algunos años, había sido también el amo de Siete Espadas. Habia pedido noticias de él, y luego había dicho:

—¿Qué demonios hace allá en su desierto? Debería vender aquello, aun cuando perdiera algo, y volver á nuestra casa. Procure usted decidirle. No estoy resentido de él; dígale usted que le recibiré tan á gusto, como si no me hubiera dejado un poco bruscamente. Es un muchacho que no sabe lo que vale y lo que puede ganar en un taller. Si me hubiese consultado, en vez de obrar á su antojo, quizás le habría asociado á mis beneficios, y quién sabe si no le hubiera hecho hacer un buen casamiento?

Esta última palabra hizo aguzar el oído al padrino, á quien Gaucher contaba el discurso del amo. Dicho amo tenía una hija á quien llamaban la señorita Clarisa, la cual, no era ni bella ni fea, y pasaba por algo tonta, aunque hubiese estado en el colegio á la ciudad alta y llevase *meriñaques*, lo que hacía decir á las menestralas de vieja cepa que no le faltaba acero para redondearse en el taller de su señor padre.

Pero su padre se burlaba de las burlas; tenía cincuenta mil francos colocados además de su fábrica. Había dado diez mil francos de dote á sus dos hijas mayores, Clarisa también los tendría, y, como el padre pensaba retirarse á la ciudad alta, un yerno tan capaz como Siete Espadas para hacer valer la fábrica, cuyo producto aumentaba siempre proporcionalmente el capital de la familia, podía convenirle muy bien. Esa idea gustó mucho al padrino, que en ella veía el medio de traer á su hijo adoptivo á su lado, y fijarle para mucho tiempo, sino para siempre, á la ciudad baja. Gaucher estuvo encargado de ir á decirlo á Siete Espadas.

Siete Espadas estaba al final de sus esperanzas y de sus ensayos cuando este ofrecimiento le cayó á la cabeza. Respingó y habló de Tonina. Gaucher, que deseaba más que él mismo la satisfacción de su ambición y que viera en ella aún, le apartó de Tonina afirmándole que ella habia resuelto muy formalmente no casarse. Entonces Siete Espadas bajó la cabeza, y, en un arrebato de despecho feroz, dejó que Gaucher le hablara de las perfecciones de la señorita Trottin, sin escucharle, pero sin replicarle. No se comprometió á nada, pero no rehusó entrar en el taller de Trotin. Sentía muy bien que era tiempo de volver á tomar la cadena, si no quería hacer deudas, y ponerse en un apuro para toda su vida.

XI

Tonina, habiendo sabido que Siete Espadas no había dicho que no, y que Gauchene comenzaba á preparar el terreno para el casamiento proyectado, tuvo un nuevo arrebato de pesar y lloró aún; pero lo ocultó, hasta á la Laurentis, y se esforzó para no pensar más en él.

Al día siguiente, fué á visitar á Rosalia Sauviére, una de sus más queridas compañeras que se había roto un brazo, y allí encontré al joven médico Anthine, el que había cuidado á Audebert en la barraca. Ya otras veces, se había encontrado con él en circunstancias análogas; pero como veia muy bien en sus miradas el gusto que tenía para ella, la tenía á tanta distancia que nunca se había atrevido á hablarle de amor. Ese día, preocupada y algo abatida, no notó que el médico hacía la visita más larga de lo que necesitaba, y además no podía creer que se atreviera á cortejarla delante de su joven amiga y delante de la madre de ésta, que era una mujer muy estimada y muy cristiana; pero á su gran sorpresa el señor Anthine le tomó la mano y le dijo:—Señorita Tonina tengo algo que confiarle que es muy formal, y hace mucho tiempo que busco la ocasión. Es algo de tan honrado que la presencia de la señora Sauviére y de su hija, lejos de estorbarme, me decide; las tomo como testigo de mis palabras. Estoy enamorado de usted desde el primer dia que le hablé, y desde ese día la he visto hacer, he oido decir tanto bien de usted á todos, que he reclamado, á mi padre el permiso de pedirle á usted su mano para casarnos. Mi padre, usted lo sabe; es un buen burgués filósofo cuyo corazón responde á la inteligencia. Ha tomado informes de usted y ha aprobado mi elección. No es muy rico, pero soy hijo único; tengo ya muchas visitas y soy un joven honrado. ¿Quiere usted hacer buena acogida á su demanda, tomar sobre mí todos los informes que crea necesarios, y devolverme la contestación cuanto antes, porque voy á estar muy inquieto y agitado esperando su decisión?

Tonina estuvo tan aturdida por esta declaración y la manera franca que fué hecha, que primeramente no supo qué contestar.

—Ya ves, hija mía,—le dijo la señora Sauviére que el médico te habla muy formalmente, que te hace un gran honor, y, como conoces mucho su posición y su familia, no creo que tengas que hacer grandes reflexiones.

—No haré ninguna,—contestó Tonina,—y le diré en seguida que le doy las gracias y que le estimo muchísimo por su pensamiento de amar á una joven que no tiene más que su honradez por todo dote; pero tengo muy pocas ganas de casarme, y por pocas que tuviera sería con la condición de no salir de la población, en la cual tengo buenos antiguos amigos y me miran casi como la hija de todas las personas de bien.

—En eso, tienes razón,—repuso la Sauviére,—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

eres la hija bendecida y querida de las familias, la hermana de toda la juventud razonable, la madre de todos los niños pobres. ¡No va usted mal encaminado queriéndola, señor Anthine; es el honor y la felicidad de la Ciudad Negra que se nos lleva! Pero como ante todo debemos pensar en lo que le es ventajoso, no soy yo quien dirá una palabra para impedirla que se eleve al rango que le conviene, y en el cual le aseguro á usted que sabrá tenerse muy bien en la estimación de todos.

—No es el rango el que me gusta,—dijo Tonina, —al contrario, le temo mucho.

—El rango de un médico, si rango hay,—contestó el joven doctor,—no obstante, es el que conviene más á la amiga de los pobres.

—Es verdad, caballero,—dijo Tonina,—pero no creo poder salir de la ciudad baja. Me han querido demasiado para contentarme con la amistad que podría hallar en otra parte. En la ciudad alta tendría que volverme señora y se burlarían de mi como se burlaron de mi pobre hermana. ¡Ese lugar, ve usted, solo me recuerda pesares, y cuando estoy obligada á ir, es bien contra mi voluntad!

—¡Pero que no sea eso un obstáculo!—exclamó Anthine;—si usted quiere quedarse aquí, me estableceré aquí, y seré más útil que en la ciudad alta, en la cual hay algunos médicos, mientras no hay ninguno que esté fijo entre ustedes. No cambiará usted, pues, nada en sus costumbres, Tonina, y de este modo hará un favor muy grande á sus queridos compañeros.

Esa buena contestación hizo alguna impresión

sobre Tonina, y únicamente pidió ocho dias para reflexionar.

—Yo, no le pido que guarde usted el secreto,—díjole el señor Anthime yéndose;—al contrario, deseo que consulte á sus mejores amigos. Cualquiera que sea la contestación de usted, no me arrepentiré jamás haber rendido homenaje á una persona tal como usted.

Tonina estuvo tan lisonjeada de la conducta de Anthime que no le rehusó un apretón de manos y permitió á la tía Sauviére y á su hija felicitarla como si fuese ya la señora del médico. Hasta estaba algo embriagada por el acontecimiento cuando regresó á su casa, y no pudo impedirse consultando con Lise cuanto antes. Lise contentisimo corrió á decírselo á Gaucher, que saltó de alegría.—Si fuese cualquier otro burgués antes te torcería el cuello que consentirlo. Por lo que sucedió con tu hermana, soy contrario á esos casamientos; ¡pero el señor Anthime! es muy diferente; ¡es el hijo del hombre mejor que existe, y él también es un hombre de corazón, el amigo de los pobres como su padre! Le he visto al lado de los desgraciados. Ni tan siquiera les compadece, los quiere. Si, si. Tonina, es el marido que necesitas y Dios envía esa dicha á tu familia para compenarla de los pesares que Molino le ha causado.

El dia pasó consultando á la Laurentis, al amigo Audebert y al anciano Laguerre, quienes todos fueron del parecer de Gaucher. Laguerre despreciaba un poco la medicina, pero, al ver á Anthime cuidar gratis á los pobres de la Ciudad Negra, se había visto obligado á estimar al médico.

Sin embargo, Siete Espadas por su parte, pensa-

ba en el rico casamiento que, por decirlo así, le ofrecian, y esforzábase por aceptarlo en sus adentros. En la fortuna hay muchas tentaciones, sobre todo para el que le ha inmolado sus primeros sueños de amor, y el armero no se ocultaba que, algunos meses antes, hubiera vacilado muy poco en seguir el consejo de Gaucher; pero su gusto para Tonina se había vuelto una pasión, y su imagen le volvía á la imaginación con tanta insistencia, que resolvió ir á encontrarla, decirle lo que ocurria, y sacrificárselo todo, si quería ser su mujer.

Aquella misma noche se marchó, y pasó por la ciudad alta en donde tenía que hacer; de suerte que no llegó á la Ciudad Negra hasta cosa de las diez. Era una hora intempestiva para el padrino, y Siete Espadas, pensando bien que le hallaría durmiendo, entró sin hacer ruido en la casa para no molestarle. Había visto luz en la ventanita de Tonina; sabía que velaba á menudo hasta las doce de la noche para trabajar con la aguja. Subió á su cuarto, decidido á llamar á la puerta y pedirle una explición para el día siguiente por la mañana, porque sabía muy bien que no le abriria.

La escalera del último piso era exterior, construida en la peña. Para penetrar en la habitación de Tonina, era preciso atravesar la terraza de cuatro metros cuadrados en la cnal cuidaba sus macetas de flores. Como el suelo estaba obstruido por ellas, Siete Espadas anduvo con precaución para no tropezar en la obscuridad, y en aquel momento oyó la voz de Lise que pronunciaba su nombre en el cuarto de Tonina. Paróse, curioso de saber lo que estaban diciendo allí; se sentó en el escalón del umbral

de aquel cuarto, prometiéndose confesar su indiscreción, pero no pudiendo resistir al deseo de escuchar. La puerta era delgada, lo oyó todo.

He aquí de lo que se trataba: Tonina habia deseado saber, antes de tomar ningún partido, si el joven armero estaba decidido á buscar á la señorita Trottin, y habian consultado al padrino sobre el particular, el cual se habia adelantado un poco más de lo preciso, tantas ganas tenia de ver establecido á su ahijado en la Ciudad Negra, tanto, que en el momento en que éste acudía para decir á Tonina que no amaba y no deseaba más que á ella, Lise acababa de afirmarle que podia decidirse muy libremente por el médico.

Tonina era mujer, y su legítimo orgullo de obrera de la Ciudad Negra estaba halagado del porvenir honorable y relativamente muy brillante que se abría ante ella. Estaba contenta de traer el socorro de un médico instruido y que queria á sus conciudadanos; hasta acaso era un deber para ella. Ya hacía proyectos, y Lise le ayudaba á calentarse la cabeza. Empleaba por anticipado sus modestas rentas en limosnas de toda clase, arreglaba también su morada con gusto y sencillez; soñaba una casita aseada y bien oreada en uno de los claros hoyos que formaba el rio abajo de la Ciudad Negra, con la vista de los árboles y un pequeño jardin en el cual podria cultivar flores en la tierra. Sus pobres rosales, martirizados en sus macetas de arcilla, estarian muy contentos de poder extender por fin sus raices. Niña, en medio de su gran prudencia, confesaba á Lise que habia pensado siempre en una camelia con flores rosas y blancas, como las habia

visto en el jardin de su cuñado cuando su hermana era señora en la gran fábrica de la Barra Molino. Luego añadió:—¡Pobre hermana! ¡sin embargo no le aprovechó mncho salir de su rango! Estaba contenta de hacerse bella, y queria darme sus gustos y hasta hacerme llevar sombrero. La cosa no iba nada bien, y no lo quise. ¿Acaso crees, Lise, que mi marido exigirá que lo lleve? Me molestaría mucho y temeria parecerme á Clarisa Trottin, que parece una zanahoria en medio de las yerbas.—Después de haber dicho esto, Tonina reia, bien decidida á no llevar sombrero, pero contenta al pensar que tendria derecho á llevarlo.

Sin embargo, de repente cesó de reir. ¡Hablamos, —dijo,—de todo lo que es el embellecimiento del matrimonio, pero no se embellece lo que es bello, y para que mi casamiento lo sea, es preciso que ame á mi marido!

—Le amas,—contestó Lise.

—Haré lo posible, porque merece de mi parte mucha estimación y reconocimiento. No obstante...

—No obstante ¿qué? No es un muchacho feo; va muy aseado, es joven y parece que no es ordinario. ¡Y luego está enamorado de veras de ti! ¡Cuando una se ve amada tan honestamente, es imposible que no se ame de todo su corazón!

—¿Lo crees, Lise? ¡Si, debe ser como tú dices! ¡No obstante me parece muy extraño amar á un hombre que conozco tan poco! Y además tengo como un peso sobre el corazón; no sé lo que es.

—¿Acaso piensas aún en Siete Espadas?

—Cierto que no; pero no amaria á un hombre que

haría su pena. Desearía estar muy segura que estará contento de casarse con Clarisa.

—¡Tienes demasiados escrúpulos! ¡Siete Espadas será rico, eso consnela de muchas ideas que se tenian antes!

—Y acaso, no tiene otra preocupación sino el temor de hacer que pene! ¡Vamos, Dios quiera que se case pronto y que no sienta nada! Yo, quizá seré feliz ¿quién sabe?

—Sí, si,—añadió Lise;—has pensado bastante en los demás, es hora que pienses un poco en tí.

Besó á Tonina y se marchó sin ver á Siete Espadas, que se agachó en la obscuridad en el momento que pasó por su lado.

Estuvo allí una hora, veinte veces á punto de llamar y decir á Tonina:—¡No se case usted, me moriría!—Pero esa conducta le pareció indigna de un hombre de corazón, y, para resistir á la tentación, huyó hacia el monte.

Allí, se entregó á su dolor y anduvo toda la noche: luego se calmó y reflexionó. Sintió que Tonina tenía el derecho de vengarse de él con un buen casamiento, y que no obstante tenía tan poco la idea de venganza que ante todo estaba inquieta por el pesar que podía causarle. Tonina era buena, y sobre todo buena para él, dispuesta á sacrificar todo lo que podía, todo lo que debía agradarle en el ofrecimiento de Anthime antes que lastimar el corazón de un amigo culpable y desgraciado. Veía muy bien que no tenía que decir más que una palabra para que renunciara á aquella hermosa posición, á la vida de señora caritativa para la cual parecía haber nacido realmente, á los placeres inocentes

que eran los únicos que podían despertar su ambición, á la casita reflejada en el agua tranquila bajo los álamos y los sauces llorones, á la camelia con flores rosas y blancas, al derecho de llevar sombrero, y pasarse de él por refinamiento de gusto y altivez plebeya. Siete Espadas veía claro en todo eso. Tonina no le amaba con pasión, puesto que no quería ser su mujer; pero tenía la amistad tan generosa, y tantos recuerdos la unían á él, que no podía ser ella feliz si por su parte él no lo era.

Una vez esto bien probado, Siete Espadas, después de muchas luchas consigo mismo, comprendió su deber.

—No es preciso,—díjose,—que me vea padecer; es preciso que no pierda la ocasión de su dicha, puesto que hé aquí un joven que la ama como lo merece, y aparentemente mejor de lo que he sabido amarla. No tengo más que una manera de reparar mis yerros; es no poner obstáculos á su casamiento, es contener mis celos y ocultar mis pesares. ¡Vamos! he puesto una vez mi valor á vencer el amor por ambición, procuremos hoy ponerlo á vencer el amor por honor.

Cuando regresó á la barraca, en la cual Va-sin-Miedo estaba ya en pié, su palidez espantó á éste. Va-sin-Miedo aunque rudo y de una fealdad feroz, tenía mucha afección y hasta sensibilidad, como sucede á algunas personas impetuosas llenas de contrastes. Siete Espadas notó que le miraba con ansiedad, y que algunas lágrimas de ternura é inquietud corrían por su faz de jabalí. Esas lágrimas provocaron de pronto las del joven obrero; lloró mucho y se sintió aliviado.

Acostóse en su gergón y durmió algunas horas, más tranquilo desde que se veía completamente desgraciado y resuelto á portarse bien. Hácia las doce, estaba en pié. Puso sus cuentas en orden, cogió la mitad del poco dinero que tenía, y entregó la otra mitad á Va-sin-Miedo diciéndole:

—Sé que me tienes amistad; no soy ingrato. No te inquietes por mí, tengo valor, y los viajes me distraerán. Me ausento por algún tiempo; te confío el taller y todo lo que poseo, asociándote á la mitad de mis beneficios. Si prefieres arrendarlo y volver al trabajo á destajo, te dejo en libertad de hacerlo; harás lo mejor que puedas, tengo la seguridad; pero hay una cosa que exijo de tu amistad y bajo tu palabra de hombre honrado; es que no harás infeliz á nadie á causa de mí. Es preciso que me lo prometas, como si tuviera que morir dentro de una hora.

Y cuando Va-sin-Miedo le hubo dado su palabra, añadió:

—No tengas ningún temor á causa de mí; á mi vez te doy mi palabra de no cometer ninguna cobardía.

Le firmó una procuración, le recomendó no decir nada de su marcha antes que hubiese escrito, le abrazó cordialmente, almorzó y bebió unas copas con él; después, echándose á cuestas su pequeño lío y su saco de herramientas, subió el barranco y tomó á pié el camino de Lyon.

Aquel día ni al día siguiente supieron que se había marchado. Unicamente al tercer dia, Laguerre recibió una carta suya, fechada de Saint-Etienne, que parecia bastante alegre, y en la cual le decia

que queria ver las fundiciones del Jorez para instruirse sobre ciertos procedimientos, y procurar apropiárselos. Otro dia escribió á Gaucher, y por fin á la misma Tonina.

. . . . . .

«Querida vecina, le decía, permítame usted que le escriba para presentarle mis respetos y recomendarle á mi querido padrino, para quien ya ha sido usted tan buena. Obligado á aunsentarme por algún tiempo, y deseando consagrarme completamente á los negocios, cosa que jamás habria podido ni querido ejecutar, si usted no fuera para mi padrino una amiga sin igual, experimento el placer de darle las gracias por todo el bien que le ha hecho usted lo mismo que á mí, y deseo que usted sepa que no tengo ningún rencor en el corazón contra usted ni contra nadie, deseando la conservación de su amistad como le ruego que crea en la de mi respeto.

»Su servidor y amigo,

»*Estëban Lavonte, llamado* SIETE ESPADAS.»

Tonina creyó que el que había podido escribir semejante carta tenía el corazón tranquilo y la imaginación más llena que nunca de ideas positivas. Alegróse con Lise, sin poder sentirse muy alegre en el fondo del alma. Durante dos días aun no continuó menos á hacer proyectos y dejarse cumplimentar sobre su gran casamiento por una multitud de amigos á quienes sus amigos habían confiado el asunto. Sus numerosos enamorados no estaban demasiado contentos; ¿pero con qué derecho la habrían criticado? No había dado nunca pié á ninguna esperanza. No se podia decír que careciese de modestia recibiendo las felicitaciones, y le estaban infinitamente agradecidos por no haber querido abandonar la Ciudad Negra.

Sin embargo, estaba en la víspera del octavo dia en que debía dar contestación al señor Anthime y que le habia permitido encontrarse con ella en casa de los Gaucher, hacia las dos de la tarde; pero hé aquí que la víspera de repente fué cogida por un gran pesar, y que todos sus proyectos de bienestar y de gloria ya no le parecieron nada. A fuerza de pensar en todo lo que aquel casamiento le prometía de agradable y honroso, había agotado la dulzura y la novedad.

—No me hablas ya de la casa, ni del rio, ni de las camelias,—dijo á Lise, á quien pareció aquella noche muy caprichosa.—Estoy ya cansada de la posesión de tantas cosas hermosas, de las cuales, á decir verdad, no tengo mucha necesidad, y que ciertamente me fastidiarían muy á prisa, puesto que mi cerebro está ya harto por anticipado. Lo que desearía poder desear con impaciencia, es amar tiernamente á ese caballero que no conozco; pero no hay que decir, Lise, no siento nada por él, y estoy obligada de forzarme para reconocer todas sus hermosas cualidades. ¿Sabes que si eso continuara, sería la más desgraciada de las mujeres, y que valdría más atarme á una rueda de molino y arrojarme al agujero del infierno?

Aquella noche durmió poco, y soñó que veía á Siete Espadas triste y enfermo; después le vió

muerto, y tuvo tanto miedo de esa pesadilla que se levantó, encendió la lámpara y volvió á leer la carta que le había escrito. Sus palabras expresaban tranquilidad, casi alegría; pero, á fuerza de dar vueltas á ese papel, le pareció que habian llorado encima y que la dirección estaba escrita con mano temblorosa. La sospecha de la verdad se apoderó de su imaginación, y al amanecer corrió á la barraca.

Interrogó á Va-sin-Miedo, quien, á pesar de sus promesas de discreción, no supo resistir á su imperio y le confesó que Siete Espadas se habia marchado como un hombre que hace más de lo que puede, y que no está lejos de sucumbir á la desesperación. Entró en seguida en el escritorio de la fábrica y escribió á Siete Espadas:

. . . . . .

«Querido vecino, para contestar al honor de su estimable carta, le diré á usted que su padrino goza de perfecta salud, y que tengo para él todos los cuidados que dependen de mí. Lo que hago es por amistad para usted tanto como para él, porque son ustedes dos personas á quienes se debe tener estimación. Deseo que sus asuntos vayan á su completa satisfacción. La mía es de quedarme como estoy, porque usted sabe que aun no me he decidido respecto al casamiento. Tengo tiempo de pensar en él, usted lo mismo. Mientras tanto, soy su amiga y compañera por la vida.

»*Juana Antonieta, Gaucher.*»

Cerró el sobre, puso la dirección y regresó á la ciudad, donde empezó por echar su carta al correo

para que no pudiera retroceder, y, aliviada como de un remordimiento, esperó más tranquilamente la entrevista con el señor Anthime.

XII

Siete Espadas no recibió la carta de Tonina. Había fechado del lugar que se encontraba la que le había escrito, y se marchó al dia siguiente, incierto sobre el camino que tomaría, no teniendo otra idea más que la de alejarse y hacerse olvidar durante una temporada. Además no contaba de ningún modo con una contestación, y sentía que, para conservar su ánimo, necesitaba ignorar lo que durante ese tiempo debia ocurrir en la Ciudad Negra.

Su poco dinero no podia llevarle muy lejos; también pensó muy pronto entrar en alguna fábrica para ganar con que continuar su viaje, porque estaba decidido á ir lejos y sacar provecho de ese destierro voluntario para su instrucción. Paróse en la primera ciudad que encontró, trabajó algunas semanas, y volvió á partir para otra gran población, curioso de estudiar su oficio en una más vasta escala de lo que habia podido hacerlo, y perfeccionarse en el ensayo de diversos trabajos prácticos.

Habiendo asi viajado, ensayado y observado du-